

historia; y tan prolija y portentosa es, que llega el mediodía refiriéndola; y oyendo el campaneó de la torre, dice:

— ¡Carambal, las doce ya..., vamos a ver a doña Mónica.

Y se marcha a casita; y así sucede un día y otro, y el siguiente; porque las excursiones venatorias del médico y *Canelo*, y el *Morito* y el *Lobo*, que así se llaman los otros dos perros, y las faañas de la terrible escopeta, tienen término cotidiano en el vasito de «cualquier cosa» tomado a la sombra del cenador de parra. Y este es el misterio, y esta la significación de la tercera silla verde. Y, por causa tal, don Lino, aunque cazador consumado, hállase reducido a la casi exclusiva alimentación vegetal desde que la difunta es la difunta.

III

Hay pueblos que están en el mapa y que no existen en la realidad: fueron y ya no son. Tal vez su nombre suena a grandeza en viejos cronicones, y ahora quedan de ella cuatro casas y el alma, alma que suele ser una ruina.

El alma de Campeces es el convento de la Asunción, y las sus cuatro casas son tres casonas viejas de labradores venidos a menos y una medio taberna, medio venta, cuya muestra reza de este modo: *Posada de Zanardi, italiano. Se habla francés*. Harto dice este rótulo, puesto que dice visita de extranjeros, que el tal convento es cosa de arte y gusto, y sobradamente pregoná su abandono que está declarado monumento nacional. Recuerdo que lo vi en un día lluvioso, y parecióme como si la indiferencia de tres generaciones estuviese arrojando lluvia de ultrajes contra su fina fachada plateresca: lagrimeaban las cornisas sobre las con-

chas, doseles de hornacinas vacías, como llorando ausencias de los santos que las poblaron. Bajo las hornacinas hay un friso hecho de medallones — rostros de mártires y confesores, vírgenes y viudas —, rostros que parecen levantarse anhelosos en busca de aquellos otros que faltan, interrogando tristemente: ¿Dónde habéis ido, hermanos?

La decoración gayá de todo el edificio, con sólo el faltar de aquellas esculturas, se ha tornado triste; y es que no hay cosa que destile melancolía como el perdurar de un adorno finado el cuerpo que debió adornar, y los santos de la fachada eran cuerpo y espíritu en el convento de la Asunción.

En este día — 9 de septiembre — no llueve, que hace sol, y se acerca el crepúsculo de la tarde. La luz que se huye va deslizándose fachada arriba, como de mala gana: ya pasó del zócalo, ya resbaló sobre los medallones y pasó también; ya está en las hornacinas; ya las hornacinas quedaron en sombra; ya la sombra trepó al balconaje y sólo las últimas vidrieras refulgen como bocas de horno.

Es cosa digna de notar que en Campeces, pueblo de cuatro casas, hay hasta dos docenas de chiquillos, y con ser veinticuatro, parecen ciento, tal es su don de obicuidad. En esta misteriosa hora crepuscular hay buena porción de ellos re-

volcándose medio desnudos en el polvo de la carretera; hay otros tantos, no muy más vestidos, en el portal de la posada, alcanzándose a ver siete por el portón abierto de un corral, y óyese el rebullir de no sé cuántos más allá de las tapias del convento: los de la carretera, después de revolcarse, juegan al toro, luego a ladrones; cansados de jugar, riñen; el más chiquito del enjambre dase a correr, gimiendo y llorando, porque en la riña se ganó un cachete.

La puerta de la iglesia está entornada: el rapaz la empuja y entra por ella; detrás de él penetra una banda de luz; pero corre que corre, como luz que es, y llega en un vuelo al altar mayor. «Mío es el retablo», proclama orgullosa, desparramándose sobre guirnaldas y columnillas; pero, ¡pícaro mundo!, en lo más alto, allí donde seis ángeles mofletudos sostienen seis canastos pomposamente henchidos de frutas de oro, está reinando otra banda de luz, y ésta no sólo es luz; porque es policromía, como que llega atravesando la vidriera pintada del rosetón del coro.

El muchacho cruza la iglesia, que está sola y desnuda; parece que del techo al pavimento está cayendo frío gota a gota. Las paredes son blancas; las columnas valientes, como que se desplie-

gan en la sombría nervación de la bóveda: rosetones de oro parecen enclavar los nervios blancos. Siendo la nave gótica, los altares son, como la fachada del convento, de profusa labor plateresca, y la sillería del coro es una talla de madera obscura que dice austeridad; en medio de la nave hay un sepulcro; sobre él yace una estatua, que debe ser de mármol; acaso un abad — la obscuridad la envuelve —, acaso una infanta. El rapaz empuja la puerta del crucero, sigue el cuitado gimoteando, frotándose los ojos a qué quieres puño, embadurnándose el rostro en babas y lágrimas: su llanto arrecia al entrar en el claustro, donde se oyen risas.

El tal claustro, en tiempos de entonces, debió ser austero; pero hoy, en la serenidad de la tarde, es tan alegre como un jardín. En él un arco, de columna a columna, hay tendida una sogá, y colgando de ella blanquean al aire ropas de niña: hay en el otro una jaula de alambre plateado, en la cual un canario se desgañita; triunfa un jazmín en el de más allá, y en los restantes se apiña una legión de macetas con plantas familiares y campesinas; allí están la ruda y el tiesto de albahaca, y el barreño, que parece un campito, sembrado de fresco perejil, y el cajón de la hierbabuena, y los claveles presos en prisiones de caña, y el rosal

que ya no da rosas, pero que las dará en primavera, y el geranio con flores de sangre que huelen a hierro y saben a salud.

En el patio claustral crecen coles, y más allá patatas, y en el centro tomates, y en los rincones cañas de maíz; y entre coles y cañas hay más chiquillos, casi media docena de aquellos veinticuatro de Campeces; y junto a los chiquillos está Elena Quirós, que cortando zoquetes de una hogaza — tal la inmortal Carlota — reparte la merienda a sus hermanos.

El rapaz gemidor se acerca a ella.

— ¿Qué tienes, Vicentín? ¿Por qué lloras?

— Poque... poque... Segundo me ha pegado un cachete.

— ¿Segundo? — vocifera con voz de harpía una mujer cuarentona y enlutada, que surge como por ensalmo no se sabe de dónde —. ¿Segundo te ha pegado?

— Sí..., sí, señora.

— Pues ahora, ahora mismito va a saber ese tuno quién soy yo; ¡hijo de mala madre y peor padre! Habráse visto...

La fiera enlutada atraviesa el patio. Tiene la frente como plegada a máquina, la boca desdentada y el talle flaco y rígido.

— Si te digo que ahora lo vas a saber...

— ¡Madre, por Dios! —suplica Elena.

— ¡Qué por Dios, ni por Dios! Si te digo...

— Me ha pegado un cachete — sigue gimoteando el arrapiezo.

— Déjelo usted, que no vale la pena.

— Es que si se figura su madre que porque tenga taberna van a pegar sus hijos a los míos, está muy equivocada.

Atraviesa la iglesia más de prisa que poco antes la atravesaba el rayo de sol, sale a la carretera, ¡y allí es Troya!

La señora Zanardi — aunque imposible parezca — es aún más flaca y más curtida que la Quirós; con más simetría y primor tiene plegada la frente, más tieso el talle y más negra la boca; y luego, como italiana consorte que es, posee un vocabulario insultador rico con la riqueza de dos lenguas, más los insultos mixtos que de ella, merced a sabias yuxtaposiciones, ha ido formando.

Lo peregrino del caso es que la ira de las dos mujeres, si pródiga en palabras, es parca en acción; de puerta a puerta libran la batalla, pero la carretera tiende entre ellas su anchura polvorienta — cinta de paz; las lenguas bien templadas pasan de la arrogancia al heroísmo, y en tanto, las

manos quietas y la distancia honesta firmemente guardada ofrecen alto ejemplo de femeníl cordura. En esta sabia lucha triunfó, como siempre, el más fuerte. La señora Zanardi abrumba a la Quirós con su abundoso léxico, espada de dos filos. La vencida vuelve a entrar en su casa paladeando con agrio gesto la derrota, y apaga sus rencores zurrando de lo lindo al desdichado Vicentín, causa bien inocente de la pelea. Después desaparece como vino, no sé por dónde.

Elena recoge en sus brazos piadosos al zurrado, y le encalma y le besa; siéntase en una piedra, y haciendo de su regazo cuna, le mece y le canta; a poco el chicuelo, bien hallado en el tibio refugio, se duerme y sueña, y soñando se ríe; despiértale la hermana a puro besuqueo y él sigue riendo despierto, sin acordarse de lo que soñó. Elena le coge de la mano y sale con él a la carretera.

El sol se hunde más allá del río; pero, como no hay nubes, su retirada no es soberbia, sino religiosa: un mar de polvo de oro bien cernido, en que brota un topacio color de fuego. Es hora de paz. Elena se divierte viendo cómo el topacio declina y poco a poco desaparece; Vicentín, mimoso, le lame la mano como un perrillo y advierte que la piel fresca sabe salada y agridulce: a gar-

banzos tostados y a limón con azúcar, piensa el goloso. Elena, halagada por el cosquilleo, acaricia al muchacho sin saber lo que hace. En el fondo de tabla bizantina pintado por la luz a Poniente aparece la negra silueta de un hombre que cabalga. Es Paco Trelles.

La cruz de oro, la de la piedra verde, se sobresaltaba sobre el pecho firme; el rostro de la novia se arrebola. ¡Mírale qué galán! ¡Con qué arrogancia monta, y qué gallardo viene, y qué rebién le cae la sombra del sombrero sobre la frente blanca, y qué gracia tan pícara le hace la espuma retostada del bigote sobre los labios rojos!

Bien se alegra la niña de que estén las vecinas en las puertas para que vean llegar al que por ella viene, para que admiren el gracioso ademán con que de lejos la saluda, y el saltar galano con que echa pie a tierra, y aquel limpiar indiferente el sudor del sombrero con el gayo pañuelo de seda.

— Buenas tardes, mi alma.

— Buenas tardes.

Con aire triunfador entra en el monasterio la gentil pareja. Hasta el rapaz siempre cogido a la mano de Elena, que antes estaba fresca y ahora está calentita como rosquilla que sale del horno, se engalla mirando a sus amigos, que en el polvo

siguen ganduleando; y parecen decir sus ojillos encandilados:

— Miradme bien: soy el hermano de la novia de Paco Trelles.

En el claustro, bajo el diamantear de los luceros, la novia llora.

— No me lo digas, Paco, no me digas que te quieres marchar.

— Vamos, rapaza, no seas tonta. Cualquiera creería que me voy a morir.

— Para mí, como si te murieras, como si te murieras...

— Si en junio he de volver.

— Entonces, Paco, ya no me querrás.

— Es decir, que tú piensas olvidarme...

— Yo no te olvidaré, porque nunca he querido a nadie más que a ti, porque te quiero y te querré mientras viva.

— Y yo...

— Tú querrás a otras, más bonitas que yo, más buenas que yo. ¡En aquel Madrid! — Elena dice «aquel Madrid» con el mismo terror con que un ángel diría «Satanás», y solloza, diciéndolo, desesperadamente.

Paco, a quien la conciencia un tantico turbada no permite grandes razonamientos, apela para convencer a su novia al supremo recurso. Le ha cogido una mano, aquella misma en la que Vicentín encontrara tan sabrosos sabores, y la acaricia blandamente, y la besa, y trenza los deditos morenos, y entre los suyos los separa, y luego los reúne en prisión cariciosa. Y habla como si, olvidado el viaje, sólo recordase el amor:

—Miren qué mano de princesa tiene mi mujercita; mi mujercita, que se pone muy tonta de mimo que le dan, y que llora para que sepamos que tiene los ojos bonitos — Elena suspira —; sí, señor, muy bonitos, y muy negros, y muy llorones.

Elena sonríe.

—¡Ay, Paco, si tú supieras por qué lloran tanto!

— ¡Que no lo sé! Para que yo les diga que les quiero mucho. Pero no se lo digo, ya ves, no se lo digo. Te lo digo a ti, porque te quiero más que a ellos.

— ¡Paco de mi alma!

— ¡Señor, qué fúnebres sois las mujeres! ¿Por qué suspiras?

— Porque te quiero.

— A mí el quererte me da siempre gana de reír.

— Ya ves tú lo que son las cosas, el quererte a ti me da a mí gana de llorar.

— Gracias.

— No, tonto; si desde que lloro por eso estoy más contenta que nunca, y además también río muchas veces; mira, por la mañana, en cuanto me despierto, digo: Paco me quiere, y entonces, entonces sí que me dan ganas de reír. Vicentín lo sabe. Cuatro besos le doy cada mañana pensando en ti.

— ¿Conque cuatro, eh?

Paco, sonriéndose, coge a su novia por el talle.

— ¿Conque cuatro besos?

Y aceleradamente prende en sus labios hasta media docena.